EL AGUA DEL MANZANARES

O

CUANDO EL RIO SUENA...

Sainete en un acto, dividido en tres cuadros, con música de los maestros

TOMAS BARRERA y ANTONIO ESTREMERA

Estrenado en el teatro de Apolo, de Madrid, en la Fiesta del Sainete, por la compañía del de Novedades, el 4 de mayo de 1918, y representado por primera vez en este último teatro en la noche del 6 del mismo mes y año

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
BALBINA	Sra. Lacalle.
SEÑÁ RAMONA	— Bonastre.
JULIA	— Molina.
SEÑÁ CELES	— Romero.
MADELEINE	— Sigler.
SUSAINE	— Vega.
VECINA 1.ª	— Girón.
IDEM 2.ª	— Cortés.
IDEM 3.ª	— Bermejo.
SEÑOR BIBIANO	Sr. Aparici.
MANOLO	— Gómez-Bur.
SEÑOR GREGORIO el TIRITAS	— Lloréns.
SEÑOR PACO el TEMPLAO	— Cumbreras.
WENCESLAO	— Guillot.
El POQUITOS	— Alares.
El MEDIDOR	— Alares.
Un APRENDIZ	— Vega.
DESIDERIO	— González.
RANISTA 1.º	— Paz.
IDEM 2.º	— Sancha.
IDEM 3.º	— Perdiguero.
IDEM 4.º	— Vega.
Una NIÑA	Niña San Martín.
Un NIÑO	Niño López.

Coro general.

La acción, en Madrid. Epoca actual.
Derecha e izquierda, las del actor.

A LA COMPAÑIA DEL TEATRO DE NOVEDADES

Amigas y amigos míos: A ustedes, que con tan bravo afán defendieron en Apolo la tarde de la Fiesta del Sainete el pabellón artístico del clásico y popular teatro donde actúan, les dedico, como tributo de admiración y cariño, esta humilde obrita.

El éxito conseguido por ustedes en Apolo no lo olvidarán fácilmente, y el que luego me dispensó a mí el público de Novedades no se borrará jamás de mi memoria.

Esto no es un alarde de vanidad; en una consignación de gratitud; es querer perpetuar en la memoria el recuerdo de una hora feliz, la más gloriosa, sin duda, de mi vida de sainetero.

Para comprender la emoción de que me sentí poseído la noche en que el pueblo de Madrid me aplaudió en Novedades, es necesario amar como yo amo las pintorescas costumbres, la castiza y extraña psicología de estos buenos y alegres madrileños de los barrios bajos, vivos en el ingenio, prontos en la emoción, graciosos, burlones, jaraneros...

A través de los años la gente madrileña ha podido modificar su indumentaria, el aspecto estético; pero nada más. El alma de este pueblo, alma que inmortalizaron por igual don Francisco de Goya y Lucientes y don Ramón de la Cruz Cano y Olmedilla, permanece inalterable en su esencia. Y todavía, en mis solitarios paseos por las rondas, las tardes de mayo, bajo las floridas acacias, encuentro muchas veces en amoroso coloquio, en

amistosa compaña o en peligroso altercado, al Pizpierno y al Roñas con la Curra y la Pepa de El muñuelo, *y al feroz Mediodiente con la Geroma de* Las castañeras picadas, *que hoy se llaman la Encarna, la Trini, la Sole; y ellos, el Poquitos, el Chilinas y el Pipi...*

Estas bizarras mujeres habrán podido cambiar la garbosa madroñera por la faldita entravé, *y ellos, la capa manola por la oscura pelliza; pero el espíritu, ese espíritu lleno de donaire y alegría, es el mismo, será eternamente el mismo. Y así sea para loor de este amado y castizo pueblo madrileño, que tanto quiero.*

CARLOS ARNICHES.

Madrid, 15 de mayo de 1918.

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Gabinete en casa de una familia de gente del pueblo. A la derecha, puerta que se supone da al recibimiento. A la izquierda, dos puertas practicables. Al foro, un balcón, jaula con un pájaro; tiestos de geranios y un botijo. Es de día.

ESCENA PRIMERA

SEÑOR BIBIANO, sentado en una mesilla que habrá en el centro de la habitación, hace anotaciones en un libro de cuentas de regular tamaño. El POQUITOS, en pie, frente a él, repasando un manojo de recibos.

SEÑOR BIBIANO.—*(Sumando.)* Nueve y ocho, diecisiete, y cuatro vintiuna, y cinco..., y cinco, veintiséis, y ocho, treinta y cuatro, Pongo cuatro y llevo dos...

POQUITOS.—Lleva usté tres.

SEÑOR BIBIANO.—Ca, hombre, llevo dos..., dos equivocaciones garrafales. *(Borra con el dedo y se lo pasa por el pelo.)* Y es que con el ruidito de la calle no atino. Cierra el balcón, Poquitos. *(Poquitos cierra. El sigue sumando.)* Bueno, ¿y cuántos recibos me has cobrao?

POQUITOS.—Pues muy poquita cosa.

SEÑOR BIBIANO.—Bueno, ¿pero cuántos?

POQUITOS.—Pues... ninguno.

SEÑOR BIBIANO.—¡Mi señora madre!... ¡Qué dices!...

POQUITOS.—Lo que usté oye. Se borran los socios a capazos.

SEÑOR BIBIANO.—*(Indignado. Tirando la pluma.)* ¿Que se borran? Naa, está visto. ¡Este pueblo es un asco!... Aquí ni hay ideas colectivistas, ni sentío mutual, ni cosa que lo valga!... Fundo las dos fundaciones más benéficas pa obreros que ha podío soñar un celebro mortal, y cuando yo me pensaba que too bicho viviente me iba a llamar el señor Bibiano Cazorla, el filantrópico u, cuando menos, el bienhechor, van y me se borran de las mutuales. ¡Maldita sea!

POQUITOS.—Bueno, pero repare usté en una cosa, señor Bibi.

SEÑOR BIBIANO.—¿En qué voy a reparar?

POQUITOS.—Pues mu sencillo; en que en la Mutual Bienhechora les ha ofrecío usté a los socios por dos reales mensuales, médico y botica, y hoy, cuando he ido a cobrarle el recibo al señor Baldo, me ha dicho que esto es un timo indecente...

SEÑOR BIBIANO.—¿Cómo un timo?... Es decir, que por dos reales les doy médico y botica y encima chillan.

POQUITOS.—Sí; pero es que dice que cuando llama al médico no va y que en la botica no le quien despachar.

SEÑOR BIBIANO.—Es que si en la botica le despachasen y el médico fuese no les llevaría yo dos reales ni muchísimo menos... ¡Qué gangueros!... La de los dos reales es una suscrición poblemática; va el médico cuando le pilla de paso. Bueno, y de la Mutual Festiva supongo que habrás recaudao más.

POQUITOS.—De la Festiva, ni una gorda.

SEÑOR BIBIANO.—¡Repeine! ¿Qué dices?

POQUITOS.—El Evangelio. Misté las bajas. *(Le muestra varios recibos.)*

SEÑOR BIBIANO.—¡Mi madre!... ¡Pero qué cer-

nícala es la gente!... Fundo otra Mutual Festiva titulá El Regocijo Obrero, ingresando en la cuala y dando diez céntimos semanales hay ución pa ver a Joselito en una de abono y dos extraordinarias con bota y merienda, y a los dos meses se me dan toos de baja. ¡Serán burros!

POQUITOS.—Claro, pero es que me ha contao el señor Cosme que el domingo fué con su mujer a los toros, llegó a la taquilla, pidió la localidad, enseñó el vale de usté pa que se lo canjeasen por el billete, y dice que si no lleva dinero encima a estas horas está en la cárcel.

SEÑOR BIBIANO.—¿Cómo en la cárcel?

POQUITOS.—Y naa más; porque dice que le dijo el taquillero: «Este vale no vale.» Entonces enseñó el bono y le dijeron: «Este bono es malo.» Total, que le detuvieron los guardias y hasta las seis estuvo en la Comisaría. Y a su señora, que había ido con el recibo a los Burgaleses por el pollo de la merienda se la encontró por la noche con un pollo, pero de la aristocracia...

SEÑOR BIBIANO.—¡Porque es un lila!

POQUITOS.—El será un lila, pero usté es una garrafa, señor Bibi.

SEÑOR BIBIANO.—Yo lo que soy es un ser que aspira a ganarse la vida sin molestarse; pero está visto que en este país no se pue tener ideas nobles. ¡Y pensar que si esto de las mutuales me se ocurre en los Estaos Unidos me hago multimilmillonario!... *(Llaman a la puerta exterior.)*

POQUITOS.—Han llamao.

SEÑOR BIBIANO.—Veas quién es.

POQUITOS.—*(Que ha salido y vuelve.)* Es el chico del señor Pepe, el ebanista.

SEÑOR BIBIANO.—¡Arrea!... Ese viene a decirme que vaya a trabajar. Dame la manta. *(Poquitos le dá una manta vieja de la cama. Se sienta en un sillón y se envuelve en ella.)* Abrele. *(Sale Poquitos a abrir.)*

ESCENA II

DICHOS y un APRENDIZ, por la puerta de la derecha.

APRENDIZ.—Buenos días.

SEÑOR BIBIANO.—Pasa, hijo, pasa. ¿Qué te trae por aquí?

APRENDIZ.—Pues de parte de mi padre que si podía usté ir por el taller a trabajar cuatro días, pa tallarle unas repisas pa dos aparadores de roble que l'han encargao.

SEÑOR BIBIANO.—*(Dolorido.)* ¡Ay, hijo de mi alma!... ¡Lo que m'has venío a decir!... ¡El trabajo!... ¡Mi ideal, mi constante anhelo!... ¡Ojalá pudiese!... ¡Pero ya ves cómo me pillas, hijo mío! Aquí, amarrao al potro del dolor, sin poderme menear, enfermo!...

APRENDIZ.—¿Y qué tiene usté?

SEÑOR BIBIANO.—Pues unos dicen que reuma, otros que gota... ¡Qué sé yo!...

APRENDIZ.—Pues que haiga alivio, señor Bibi. *(Vase.)*

SEÑOR BIBIANO.—Gracias, hijo, y dile a tu padre que siento con toda el alma no poder complacerle... ¡Que ya me conoce! ¡El trabajo!... ¡Mi ideal, mi constante anhelo!...

POQUITOS.—No se moleste usté más que ya ha cerrao.

SEÑOR BIBIANO.—*(Se desenvuelve. Se levanta.)* Bueno, pues sigamos. Esta mantita es mi salvación.

POQUITOS.—¡Pero qué asco le tie usté al trabajo!

SEÑOR BIBIANO.—Natural. Como que el trabajo es pa las bestias.

POQUITOS.—¿Pues no dice la doctrina que Dios le dijo a toas las criaturas que trabajasen?

SEÑOR BIBIANO.—Bueno, pero es que yo ya no soy ninguna criatura.

POQUITOS.—Señor Bibi, los he visto vivales, pero como usté ni por soñación.

SEÑOR BIBIANO.—¿Por qué dices eso?

POQUITOS.—¡Hay que ver!... Usté come sin trabajar, tie usté mujer y no es casao, viste usté de gratis, se divierte de gorra...

SEÑOR BIBIANO.—Aprende de mí. Que aquí hay filamento metálico, Poquitos. *(Se señala el ojo derecho.)* El mundo se divide en dos mitades, pa que lo sepas; unos que nacen pa ganarse la vida. Y otros, más vivos, que ya se la traen ganada, como verbigracia, ¡manguela!

ESCENA III

DICHOS. Luego, SEÑÁ RAMONA, JULIA, VECINAS 1.ª, 2.ª, 3.ª y 4.ª Todas por la derecha. Se escucha de pronto en la calle un alboroto terrible. La gente vocea. Dan ayes, gritos de «¡Separarlos!... ¡Guardias!... ¡Socorro! ¡Que se matan!...» Sigue el tumulto.

Música.

SEÑOR BIBIANO.—¿Qué pasará?

POQUITOS.—¿Qué escándalo es ése? *(Abre el balcón y se asoma él y el Señor Bibiano.)*

SEÑOR BIBIANO.—¡Atiza! ¡Mi hija pegándose con el novio!

PAQUITOS.—¡Que ésos acababan mal, ya me lo tenía yo calao!

SEÑOR BIBIANO.—¡Ruedan por el suelo! ¡Taparla! ¡Guardia, esas faldas! *(Desde la calle tiran un repollo que le da en la cara.)* ¡Y me tira un repollo con lo delicao que estoy!

POQUITOS.—Insúltele usté.

SEÑOR BIBIANO.—Granuja, canalla, golfo, indecente... ¡Soldao de Nápoles!

POQUITOS.—Ya los han separao. Ellas suben. *(Se van del balcón hacia la puerta. A poco en-*

tran en escena la Señá Ramona, Julia y Vecinas. Las dos primeras arreglándose las ropas y moños respectivos. Las Vecinas obligan a la Señá Ramona, que es la más excitada y maltrecha, a que se siente en una silla, y la ayudan a arreglarse sus cabellos y vestidos.)

VECINA 1.ª
¡Ay qué tremolina!

VECINA 2.ª
¡Menudo disgusto!

SEÑÁ RAMONA.
¡Es un sinvergüenza!

JULIA.
¡Es un desalmao!

VECINA 1.ª
¡A ver esa falda!

VECINA 2.ª
¡A ver esa blusa!

VECINA 3.ª
¡Arréglate el pelo!

SEÑOR BIBIANO.
¿Sus ha molestao?

SEÑÁ RAMONA.
¿Cómo molestarnos?
¡Y nos ha insultao!

JULIA.
Y nos ha pegao.

VECINA 1.ª
Y nos ha faltao.

SEÑÁ RAMONA.
¡Baja y mátalo!

SEÑOR BIBIANO.
¡Se las ha buscao!

JULIA.
¡Tome usté el bastón!

SEÑÁ RAMONA.
¡Déjele lisiao!

SEÑOR BIBIANO.
¡Ahora vais a ver!
(Echa a correr hacia la puerta. Se detiene, volviéndose hacia ellas.)
¿Pero qué ha pasao?
Habláis tan de prisa,
que no me he enterao.

VECINA 1.ª
¡Que ése es un cobarde!

VECINA 3.ª
¡Que ése es un canalla!

SEÑÁ RAMONA.
¡Pa mí ya se ha muerto!

JULIA.
¡Pa mí se ha acabao!

VECINA 1.ª
¡Pa mí que no vuelve!

VECINA 2.ª
¡Pa mí que no sube!

VECINA 3.ª
¡Pa mí que se asusta!

POQUITOS.
¡Pa mí que han cobrao!

SEÑÁ RAMONA.
Nos ha visto solas,
y se ha aprovechao.

JULIA.
Y se ha desahogao.

VECINA 1.ª
¡Y se ha propasao!

SEÑÁ RAMONA.
¡Baja y mátalo!

SEÑOR BIBIANO.
¡Pues se la ha ganao!

JULIA.
¡Rómpale el bastón!

SEÑÁ RAMONA.
¡Dale un buen mandao!

SEÑOR BIBIANO.
¡Ahora vais a ver!
(Como antes, y se detiene. Volviendo otra vez hacia ellos.)
¿Pero qué ha pasao?
Armáis tal barullo,
que no me he enterao.

SEÑÁ RAMONA.
¡Baja y mátalo!

TODAS.
¡Baje y mátelo!

SEÑOR BIBIANO.—*(Desfalleciendo por momentos.)*
¡No puedo! ¡No puedo!
¡Ya me he mareao!
(Lloriqueando.)

Bien sabe ese pillo
que estoy delicao.

SEÑÁ RAMONA.
¡Tú eres un cobarde!

JULIA.
¡Usté se ha rajao!

VECINA 1.ª
¡Eso son pamplinas!

VARIAS.
¡Nos ha fastidiao!
(Todas, menos la Señá Ramona, Julia y Señor Bibiano, van haciendo mutis.)

Hablado.

SEÑOR BIBIANO.—Bueno, pero por la Virgen Santísima, no llorar. Tenerle compasión a un pobre enfermo. ¡Contarme lo que ha sido!

SEÑÁ RAMONA.—*(Desesperada.)* Calla, calla... Ver que nos insultan y no bajar... ¡Gallina!

SEÑOR BIBIANO.—¡Ramona, mira lo que dices!

SEÑÁ RAMONA.—¡Gallina, más que gallina!... Que no te doy ahora mismo una paliza por no llenar el gabinete de plumas.

SEÑOR BIBIANO.—¡Pero qué querías que hiciera un pobre enfermo!... ¿He podío yo hacer más que decirle lo que le he dicho?

SEÑÁ RAMONA.—¡Eso harás tú, hablar! Como que no eres ni más ni menos que un surtío de a peseta.

SEÑOR BIBIANO.—¿Yo?...

SEÑÁ RAMONA.—¡Sí, señor!... ¡Un peazo e pavo, dos rajas de salchichón y too lo demás lengua!

SEÑOR BIBIANO.—Bueno, basta de insultos y dime lo que ha sido.

SEÑÁ RAMONA.—*(Furiosa.)* Que te lo diga tu hija si quiere.

SEÑOR BIBIANO.—¿Qué ha sido, hija mía?

JULIA.—Pues ya lo ha visto usté. Ese panoli que se ha emperrao en que le quiera a la fuerza. ¡Anda y que le quieran en su casa, si la tiene! ¡Ladrón, más que ladrón!... ¡Pegarnos!... ¡Porque ibamos solas!... *(Llora.)*

SEÑOR BIBIANO.—Pero ¿de quién ha partío la ofensiva?

JULIA.—Pues verá usté. Habíamos bajao la señá Ramona y yo a comprarle a usté las manitas de cordero pal almuerzo y cuando salíamos de la casquería, ¡tras!, el litri ese que viene pa nosotras y me empieza con la cantata de toos los días; con que si no le quiero, con que si le tengo que querer, con que si estoy chalá con el señor Gregorio, con que si la culpa la tie usté por haberme traído a vivir con la señá Ramona, que es la que me ha torcío la idea.

SEÑÁ RAMONA.—Mira, yo estaba callá, pacientemente aguantando aquella tabarra; pero cuando oí lo último, salté como una fiera y le dije dos groserías, que pa qué te las voy a repetir. Y él entonces la emprendió conmigo... ¡y me puso!...

SEÑOR BIBIANO.—¿Como hoja de perejil?...

SEÑÁ RAMONA.—¡Qué perejil..., de lombarda, y me quedo corta! Total, que desde lo más cortito a lo más largo, me lo ha dicho todo. Que si mi ejemplo, que si mi historia, que si bastante tengo con tener que lidiar contigo... Y te advierto que ha recalcao lo de lidiar.

SEÑOR BIBIANO.—¡Ay su agüela!... ¡Me ha recalcao la lidia!...

JULIA.—Y en esto me agarra a mí de un brazo, loco de rabia, y me grita: «Y tú no vuelves más a esa indecencia de casa y te vienes conmigo a la de tu hermano...» Yo le empujo pa que me soltara, él me zarandea, y, entonces, ciega de coraje, ¡tras!, le doy con las manitas en metá e la cara, y allá van las manitas por el suelo...

SEÑOR BIBIANO.—¿Y quién te manda a ti pegarle con mis manitas?

JULIA.—Si no tenía otra cosa.

SEÑOR BIBIANO.—Las tuyas.

SEÑÁ RAMONA.—En esto, agarro yo el bolso, le doy así, se arremolina la gente, nos liamos a golpes, y si no media un guardia, que me dió con el sable en semejante sitio, que ya verás el morao, nos traen en una esportilla.

SEÑOR BIBIANO.—Pues di que habéis armao una, que la batalla de Armentieres ha sío un retozo.

JULIA.—Y ese menflis se ha ido por mi hermano de seguro.

SEÑÁ RAMONA.—Ya lo pues jurar. Y dentro de un rato están aquí los dos.

SEÑOR BIBIANO.—¿Tú lo crees?

SEÑÁ RAMONA.—Como si lo vieras. Y como vengan, sales tú a entenderte con ellos.

SEÑOR BIBIANO.—¡Yo con ellos!... ¡Un pobre enfermo!... Darme la manta. *(La coge.)*

SEÑÁ RAMONA.—¡Calla, calla, que me da asco oírte!

SEÑOR BIBIANO.—¡Asco!... No ties conciencia, Ramona. ¡Echar a regañar a un pobre artrítico!

SEÑÁ RAMONA.—Bueno; mira, Bibiano, ¡hay sujetos que yo creo que os sale el bigote por compromiso!

SEÑOR BIBIANO.—¡Ramona!...

SEÑÁ RAMONA.—¡Cobarde, so blancote, sinvergüenza!

SEÑOR BIBIANO.—*(Frenético.)* ¡Maldita sia!... ¡Lo que tie que aguantar un hombre por un cochino cocido! *(Se emboza en la manta y sale segunda izquierda.)*

ESCENA IV

SEÑÁ RAMONA y JULIA; luego, SEÑÁ CELES, por la izquierda.

SEÑÁ RAMONA.—¡Bueno, ya ves tu padre, no podemos contar con él pa naa!

JULIA.—Deje usté, ya nos arreglaremos solas. Si quien venir, que vengan. De aquí no me sacan ni con grúa.

SEÑÁ RAMONA.—Es que no quiero que crean que yo te influyo en lo más mínimo.

JULIA.—Ya saben que no. Demasiao que me conocen y les costa que mis cuentas me las ajusto yo solita, sino que no saben cómo armarla, escocidos como están de que yo me haiga venido a vivir con usté. Y bien sabe Dios que no tenía pensamiento, ni tanto así de naa, con el señor Gregorio, el Tiritas, pero tanto me lo restregan por las narices que...

SEÑÁ RAMONA.—Eso, lo que a ti te convenga, no seas tonta. *(Llaman.)*

JULIA.—¿Quién será?

SEÑÁ RAMONA.—Mira a ver.

ESCENA V

DICHAS y SEÑÁ CELES. Es una vieja. Trae un lío de ropa atado con un pañuelo grande de color y una caja de perfumería.

SEÑÁ CELES.—*(Entrando.)* Pero, chica, ¿qué os ha pasao que m'han contao en la calle...?

SEÑÁ RAMONA.—Naa, tonterías.

SEÑÁ CELES.—¡M'han dicho que el dichoso Manolito ese os ha dao un desgusto!...

JULIA.—Regular ha sido. ¡Dios se lo aumente!

SEÑÁ CELES.—M'alegro. ¡Pa qué te voy a decir

otra cosa! Tú ties la culpa. Si le hubieses plantao cuando yo te dije...

JULIA.—Pero si ése es como las espinacas: le planto y crece.

SEÑÁ CELES.—Pos arráncalo de una vez.

SEÑÁ RAMONA.—Y tanto...

SEÑÁ CELES.—¡Veas qué vas a hacer toa la vida con un hambrón al lao!...

SEÑÁ RAMONA.—Bueno, ¿y qué la trae a usté por aquí, señá Celes?

SEÑÁ CELES.—¡Ay chicas, dejarme sentar *(Se sienta.)*, que estoy reventá! Dende que ha amanecío Dios que ando corriendo la zángana. Pero he pasao cerca, y digo: yo subo. Y no sabéis lo que m'alegro de encontraros solas. Chicas, traigo unos polvos de arroz a la base de lilas, última creación de la casa Germaine de París, que blanquean un tizo. Y una esencia pal pañuelo, Fleur de Muguet, que es llevar un manojo de claveles en la mano, y he dicho: pues voy a que lo prueben ésas.

SEÑÁ RAMONA.—Perfumería no necesitamos.

JULIA.—Tenemos de too.

SEÑÁ CELES.—¡Ay pues en ropa sus voy a enseñar preciosidades. Y si os cogiese con dinero, una ganga. Mia qué camisa de encaje. *(La enseña. Es una camisa preciosa, pero muy corta.)*

SEÑÁ RAMONA.—¡Chica, qué cortita!

SEÑÁ CELES.—Como se llevan. No se ve otra cosa en Madrid.

SEÑÁ RAMONA.—¡Qué preciosidad!

SEÑÁ CELES.—Es de vestir.

JULIA.—De vestir poco, porque con eso...

SEÑÁ CELES.—Y esta falda bajera, ¿sus gusta?

SEÑÁ RAMONA.—¡Qué elegante!

SEÑÁ CELES.—¡Amos, animaros con ella, que se trasparenta!

SEÑÁ RAMONA.—Es preciosa, pero me pilla sin dinero.

SEÑÁ CELES.—Chica, no te hagas la galga, que no te voy a pedir naa. *(Sonriendo y a media voz.)*

Además, traigo orden de dejároslo too regalao si lo queréis, pa que veáis.

JULIA.—¿Orden de quién?

SEÑÁ CELES.—¡Sí, sí, haceros las pagüesas!... ¡De quién va a ser!... Del señor Gregorio el Tiritas.

JULIA.—Bueno, no empiece usté con tontunas.

SEÑÁ RAMONA.—Mia, Celes, no marees a la chica.

SEÑÁ CELES.—¡Pero si es verdá, hija!... Le ties chalao, pa que lo sepas.

JULIA.—¡Narices!

SEÑÁ CELES.—Loquito perdío por ti. ¡Y vaya un buen mozo que está!... ¡Y no tie guita que digamos! Buena tonta serás. *(A Ramona.)* ¿No te parece, tú?...

SEÑÁ RAMONA.—Eso allá ella.

SEÑÁ CELES.—Ahora ha puesto otra casa de juego en el bar Tuliqui... Con ésta son tres. Y la casa de préstamos. ¡Se va a hacer de oro!

JULIA.—¡Que l'aproveche!

SEÑÁ CELES.—¡Ay, si yo tuviese ese palmito y ese cuerpo, el mes que viene en coche!

JULIA.—*(Alejándose con cierto disgusto.)* Bueno, no me caliente usté la cabeza, señá Celes.

SEÑÁ CELES.—Hija, ¿a mí?... Ya ves, yo por tu bien... Y a propósito de cabeza..., ¿por qué no me compráis horquillas?... Mia, estas invisibles a dos reales el paquete. Y unos sujeta agüelos a tres vinticinco, con pedrería, que ya los quisieran en caa Thomas. Anda, animaros, chicas. *(Llaman a la puerta.)*

SEÑÁ RAMONA.—*(A Julia.)* ¿Abres tú?

JULIA.—Voy a ver. *(Sale.)*

SEÑÁ CELES.—Ay chica, ¿será visita?

SEÑÁ RAMONA.—No creo.

JULIA.—*(Con cara de contrariedad.)* ¡Mi cuñada!

SEÑÁ RAMONA.—¡Atiza!... ¡La Balbina!

JULIA.—¡Y con los niños!

SEÑÁ CELES.—¡Huy, la nube!... Dejarme recoger *(Mete toda la ropa en el lío y cierra las cajas.)*, porque esa lavanderita es un ciclón y la tie tomá conmigo.

ESCENA VI

DICHAS, BALBINA, una NIÑA y un NIÑO; luego, SEÑOR BIBIANO.

BALBINA.—*(Entra con un gran saco de harpillera lleno de ropa. Es una mujer joven, tipo desgarrado y simpático de lavandera madrileña. Trae un Niño como de cinco años cogido de la mano, comiéndose una raja de melón, y una Niña como de ocho años, con un taleguito a cuestas y comiéndose un zoquete de pan.)* Pero que muy buenos días.

SEÑÁ RAMONA.—*(Irónicamente.)* ¡Chica, qué extraño verte a ti por esta casa!

BALBINA.—Rarezas...

JULIA.—¿No te sientas?

BALBINA.—Gracias. *(Deja el talego. Se sienta.)*

SEÑÁ CELES.—¿Y qué llevas en esos talegos?

BALBINA.—Pus lo que usté: basura.

SEÑÁ CELES.—¡Qué ordinaria!

BALBINA.—Pa usté, sobra.

SEÑÁ RAMONA.—¿Vas al río?

BALBINA.—A ver que vida.

JULIA.—Oye, y vosotros, niños, cuando se entra en una casa se dan los buenos días.

SEÑÁ CELES.—Es la última moda. *(Se ríe.)*

BALBINA.—¿Lo estáis viendo, modregos?... ¡Que me tengan a mí que afrentar por vosotros!... Si no mirara...

NIÑA.—¡Pero, madre, si es que tengo la boca llena!

BALBINA.—Ahí traga que traga, y la educación pa con tomate, ¿verdá? ¿Qué es lo primero que te he dicho yo que se hace cuando se entra en una casa?

NIÑO.—Llamar a la puerta.

BALBINA.—Llamar a la puerta y saludar, ¡so pispajo! ¡Hala, a darle un beso a la tía y otro a la señá Ramona, corre!

SEÑÁ RAMONA.—*(Vivamente.)* No, chica, déjalos.

BALBINA.—No tenga usté cuidao, que estos no quitan los polvos. Besan al aire.

SEÑÁ RAMONA.—¡No lo hago por eso, mujer!

BALBINA.—Por si acaso.

JULIA.—Bueno, ¿y qué te trae por aquí?

BALBINA.—Pos na; que traigo pa ti un recadito de parte de tu hermano.

JULIA.—¡De parte de mi hermano! Tú dirás.

BALBINA.—Pues que Manolo se ha presentao esta mañana en casa después de la bronca que habéis tenío, se lo ha contao too y ahora mismo van a venir los dos.

JULIA.—¡Ah, sí!... Pues diles que no se tomen ese trabajo.

BALBINA.—Eso allá tú cuando vengan.

SEÑÁ RAMONA.—Es que en mi casita (porque es mía), ¡que tengan muchísimo cuidao!

JULIA.—A más, de que es inútil que se moleste. Manolo, pa mí, ni que tire por la derecha ni que tire por la izquierda, «erre i pe pa seculorum». Se lo dices cundo le veas.

SEÑÁ CELES.—Y no serías mala tonta en seguir con él.

BALBINA.—¿Por qué, lucero?

SEÑÁ CELES.—Porque sí, señora, hija... En seguidita iba yo a perder la proporción del señor Gregorio, que está que chilla por ésta, pa casarse con un carpintero de armar... Sí, sí...; ¡ja, jay!...

BALBINA.—*(Indignada.)* ¡Señora!...

SEÑÁ CELES.—¡Ni más, ni mangas! Porque es lo que yo digo: ¿Qué es lo que la espera con Manolo? Pues tres pesetas de jornal pa toa la existencia, el engorro de un marido y en media docena de años verse con un montón de chicos y hecha una fondona.

BALBINA.—Y con el otro, ¿qué?

SEÑÁ CELES.—Pues con el otro, como hay pastizara de largo, pues vestíos de seda, alhajas a puñaos y comodidades, ¡que es una mijita!

BALBINA.—*(Exaltada.)* Cómo se conoce que ha vendío usté mojama en su juventú, hija.

SEÑÁ CELES.—¿Por qué lo dices?

BALBINA.—Por lo salá que es usté..., pa ciertas cosas... Y si una servidora fuera la madre de ésta, hoy se llevaba usté a su casa las narices en el bolso.

SEÑÁ RAMONA.—¡Balbina!...

SEÑÁ CELES.—¡Pero veis cómo me falta!...

BALBINA.—¡Vergüenza es lo que la falta a usté! Porque ésas no son palabras ni expresiones pa que se las digan a una mujer honrá. Porque ésta le ha dao su palabra a un hombre de bien y debe cumplírsela, tenga diez reales u doce, u lo que sea; y aconsejarla que lo deje, pa hacerle cara a un tío que la mude pa mes y medio a un entresuelo de cualisquier calle extraviá y que la compre dos anillos y media docena e pingos, eso se le dice a una gandula naa más. ¿Que se casa usté con un pobre y tie que sufrir trabajos? Los sufre. ¿Que no tie usté más que un mendrugo?, pues a roer. ¿Que vive usté en un tabuco?... ¡Fastidiarse! Pero, en cambio, hija mía, como pan, hombre y casa son de usté que no se los quita usté a nadie, se acuesta usté por las noches con una satisfacción, que ni en la gloria. Y hemos acabao... *(Recoge los talegos. Los dos Chicos se agarran cada uno a un lado de la falda de su madre. Indican el mutis. Vuelve, decidida, y se encara con Julia.)* ¡Y tú haces lo que te dé la gana, y allá tú con tu conciencia! *(Vase como antes y vuelve, encarándose con la Señá Celes.)* Y usté s'apunta siete; pero le dice usté de mi parte a toa la que se salga de la pobreza por la puerta falsa, que ande y que la dé el viento. ¡Y arza, niños, al río; que hay mucha basura! ¡De verano! *(Vase puerta derecha.)*

ESCENA VII

SEÑÁ CELES, SEÑÁ RAMONA y JULIA.

SEÑÁ CELES.—*(Llorando amargamente.)* ¡Pero habéis oído esa golfa! ¡Ay Dios mío de mi alma!...

JULIA.—No haga usté caso. ¡Eso es una caballería mayor!

SEÑÁ CELES.—¿Y queréis decirme qué he dicho yo pa que me ponga nadie a secar como un pingo escurrido?

SEÑÁ RAMONA.—Pero no llore usté, no sea usté tonta.

SEÑÁ CELES.—Insultarme a mí, que soy la honradez presonificada...

JULIA.—¿Quié usté un poco de agua?

SEÑÁ CELES.—*(Llorando.)* Aguardiente, si tenéis, que es lo que más me alivia. ¡Ofenderme a mí.... que no doy un consejo que no sea arrancao del catecismo!

SEÑÁ RAMONA.—¡Pero sosiéguese usté!

SEÑÁ CELES.—¡A mí, que he visto a Manolo borracho la mar de veces y con mujeres, y me he callao por no infernaros...

JULIA.—Me es igual.

SEÑÁ CELES.—Y en cambio el otro, el señor Gregorio, ese desalmao que te pintan, ¿sabes lo que hizo anoche?

JULIA.—¿Qué hizo?

SEÑÁ CELES.—Pues me llamó aparte y, dándome un estuche, me dijo estas palabras, textuales: «Señá Celes llévele usté a la Julia esos pendientes de brillantes y, si los quiere, pa ella.» Aquí los traigo. ¿Y me he atrevío yo a decirte una palabra? *(Saca el estuche.)* Ni Dios me libre. *(Abre el estuche.)* Mil pesetas. Y ¿por qué no te digo yo estas cosas? Pues porque tú en seguida lo tomas a mal y te pones por las nubes. Roca antigua.

SEÑÁ RAMONA.—*(Que ha tomado el estuche y los mira.)* ¡Chica, qué preciosidad! *(Se los enseña.)*

SEÑÁ CELES.—Dos gotas de agua. *(Se limpia las lágrimas.)*

JULIA.—Muy bonitos; pero que se los guarde.

SEÑÁ CELES.—¡Amos, no seas cardo, que te los regala sin interés denguno, no vayas a creerte; porque ese tío es un santo!

SEÑÁ RAMONA.—Póntelos por gusto.

SEÑÁ CELES.—Es como se ve lo bonitos.

JULIA.—¡No; no quiero, vaya!

SEÑÁ CELES.—¡Chica, no seas prima! ¡Ay, qué magoya! *(Llaman a la puerta.)*

SEÑÁ RAMONA.—Han llamao.

SEÑÁ CELES.—¿Será él? Paece su tos. Voy a ver. *(Sale.)*

JULIA.—Pues nos cogía aviadas.

SEÑÁ CELES.—*(Vuelve muy alegre.)* ¡El!... ¡Es él!

JULIA.—¿Y qué hacemos?

SEÑÁ CELES.—Viene con el señor Paco el Templao.

SEÑÁ RAMONA.—¡Qué horitas! En fin, que pasen. Les dice que esperen un minuto. Vamos a aviarnos un poco.

JULIA.—Sí; porque con este pergeño... *(Vase por la primera izquierda.)*

ESCENA VIII

SEÑÁ CELES, SEÑOR GREGORIO y SEÑOR PACO; tipos de jugadores de garitos. Con cadenas de oro, brillantones y ropa vistosa. Caras de tahures.

SEÑÁ CELES.—*(Sale delante.)* Esperen un momento, que de seguida salen. *(Vase por la primera izqnierda.)*

Música.

SEÑOR GREGORIO.
Convendrá que ante esa hermosa criatura
tú realces mi figura
en tocante a lo moral.

SEÑOR PACO.
Es natural.

SEÑOR GREGORIO.
Y la digas que tan sólo en fruslerías
y en tontunas toos los días
dilapido un capital.

SEÑOR PACO.
Justo y cabal.
La diré que eres un ser dicharachero
y unas miajas postinero
respetive a la mujer.

SEÑOR GREGORIO.
Ya lo has de ver.

SEÑOR PACO.
Y que a todas esa labia las emboba,
porque gastas una coba
que las hace perecer.

SEÑOR GREGORIO.
Porque la cosa es
que, cuando a mí se me aproxime,
alcance un gran «sucés,
sucés de estime».
Por eso, claro está, que convendría
el que la hicieras tú mi apoplejía.

SEÑOR PACO.
Te puedo asegurar
que, en cuanto empiece a hacer tu encomio,
la tienes que llevar a un manicomio,

pues si me escurro yo, dentro de un mes
la vas a enamorar a Leganés.

SEÑOR GREGORIO.
La dices que soy hombre adinerado,
la cuentas los casinos que he fundado.

SEÑOR PACO.
Uno en Madriz y otro en Valladoliz.

SEÑOR GREGORIO.
Te has olvidado del de Bilbado.

SEÑOR PACO.
De aquí a un par de semanas fijamente
te has hecho el propietario de esa gente.

SEÑOR GREGORIO.
Si eso es verdaz,
es mi felicidaz.

SEÑOR PACO.
Ya sabes tú
que siempre fué mi habilidaz.

SEÑOR GREGORIO.
Tú no crees que mi figura le atormenta,
como llegue a darse cuenta
de la gracia que hay aquí.

SEÑOR PACO.
Claro que sí.
Y como a ella no le atraiga tu figura
es porque a esa criatura
no le gusta un hombre «chic».

SEÑOR GREGORIO.
Será pa mí.

SEÑOR PACO.—*(Hablado.)*
Prepárate, que vienen ya.

SEÑOR GREGORIO.
¿Me va bien esta «pos»?

SEÑOR PACO.
Pos claro está.

ESCENA IX

DICHOS y SEÑÁ CELES, por la primera izquierda.

Hablado.

SEÑÁ CELES.—*(Cuando termina el número, se acerca la Señá Celes a ellos de puntillas, riendo muy gozosa, y les da una palmada en la espalda.)* ¡Tunarras!

SEÑOR GREGORIO.—¿Cómo anda eso?

SEÑÁ CELES.—Sobre ruedas. La tie usté gelatinizá.

SEÑOR GREGORIO.—Las electrocuto.

SEÑÁ CELES.—Ahora que, como es una miaja postinerita, se da a valer; pero en cuanto usté diga envido...

SEÑOR GREGORIO.—Se juega el resto. Estoy al cabo de la rúe.

SEÑOR PACO.—¿Y los pendientes?

SEÑÁ CELES.—Entre que sí u que no, se los ha quedao.

SEÑOR GREGORIO.—Lo de todas. ¡Con el truquito de los pendientes no me falla una!

SEÑOR PACO.—¡Las víctimas que han hecho! ¡Ja, jay!...

SEÑÁ CELES.—Chis, no reírse.

SEÑOR GREGORIO.—Ya se los he regalao a quince u veinte lo menos. Los pongo de cebo, vienen deslumbrás a por ellos, trompican, caen en esta trampa amorosa *(Por los brazos.)* y al mes u mes y medio, en cuanto me hastía la agasajada, así como

por casualidad, le quito uno de una oreja, le hago saltar una piedra, me los llevo pa que los compongan y los limpien y ya no vuelven a echarle la vista encima ni a la joya ni al donante.

SEÑÁ CELES.—¡Ja, ja!... ¡Qué gracioso!... ¡Valiente raspa!...

SEÑOR GREGORIO.—Ardideces del juego son.

SEÑÁ CELES.—Ahora, lo que yo les recomiendo a ustés es que tengan mucho cuidao, no vayan a enterarse de esto las francesas.

SEÑOR GREGORIO.—Ni Dios lo quiera. Si supiesen la Madeleine u la Susaine que andábamos en estos pasos, había un Waterloz.

SEÑOR PACO.—Bueno, pues a ver si acabas pronto con esta ninfa, que yo (en secreto) me estoy hartando ya de la Ramona.

SEÑÁ CELES.—Más bajo.

SEÑOR PACO.—Y, sobre todo, del señor Bibi, el agregao diplomático de la susodicha, que me está sacando un riñón con esos timos mutualistas que se trae.

SEÑÁ CELES.—¿Y qué es eso?

SEÑOR GREGORIO.—Naa, que creo que por dos perras gordas (como usté pue leer en los prospetos), azquiere la obligación de dar al que se suscriba, médico, botica, enterramiento, indulgencia plenaria y el compromiso, firmao ante notario, de sacarle del purgatorio al año y medio, y siendo carbonero a los dos años.

SEÑÁ CELES.—¡Pos sí que es un negocio!

SEÑOR GREGORIO.—No sé si estará conchabao con San Pedro; pero él lo ha puesto en los pogramas. Facilidades pa entrar en la gloria. Precios especiales.

SEÑOR PACO.—Callarse, que vienen.

SEÑÁ CELES.—Vaya, pues yo pico; que ya no hago falta. Conque..., de salú sirva y hasta otra, angelitos... *(Vase riendo, con sus líos y cajas, por la derecha.)*

ESCENA X

DICHOS, SEÑÁ RAMONA y JULIA, por la primera izquierda.

SEÑÁ RAMONA.—¡Señores..., tanto bueno!

SEÑOR GREGORIO.—Bueno es lo que se encuentra en esta casa. *(Se saludan.)*

JULIA.—Y lo que viene a ella.

SEÑOR PACO.—*(A la Señá Ramona.)* ¿Qué tal desde anoche?

SEÑÁ RAMONA.—Pues, hijo, pasando la vida a sustos. Ya os habrán dicho lo de Manolo.

SEÑOR PACO.—No. ¿Qué ha sido? *(Se van al balcón y se sientan, hablando en voz baja.)*

JULIA.—¡Ah, y me alegro mucho de que haya usté venido, Gregorio!

SEÑOR GREGORIO.—Y yo de que usté se alegre. ¿Qué pasa? *(Se sientan en primer término.)*

JULIA.—Tome usté sus pendientes, hijo; se los pue usté guardar.

SEÑOR GREGORIO.—*(Contrariadísimo.)* ¡Pero, Julia, por Dios!...

JULIA.—Nada; que no azmito regalos de esa clase.

SEÑOR GREGORIO.—¡Pero qué tontería!... Bueno; usté no me conoce a mí, Julia.

JULIA.—Demasiao.

SEÑOR GREGORIO.—A mí hay que medirme...

JULIA.—Con una vara.

SEÑOR GREGORIO.—Por otro rasero que al vulgo. Y sepa usté (ríase u no se ría) que este regalo era la expresión pura y honrada de un sentimiento fraternal.

JULIA.—¡Y un jamón!

SEÑOR GREGORIO.—Julia, estoy solo en el mundo, rodeao de egoísmos y falsedades; no tengo madre, ni hermanos ni persona ninguna que cuando me asalta un dolor o una pena me dé una meaja e

consuelo. Yo me había hecho la ilusión de ver en usté un poco de afecto...

JULIA.—*(Que empieza a conmoverse.)* Hombre, eso...

SEÑOR GREGORIO.—Y cuando, agradecido, quiero expresar mi simpatía, lo toma usté como un ultraje. Está bien *(Se limpia una lágrima con disimulo.)*

JULIA.—Hombre, yo sentiría que un reparo natural en una mujer honrá fuese la causa de...

SEÑOR GREGORIO.—*(Súbitamente.)* Venga ese estuche. *(Se lo coge.)*

JULIA.—¿Qué va usté a hacer?

SEÑOR GREGORIO.—Tirarlo a la calle.

JULIA.—¡No, por Dios! *(Se lo quita.)*

SEÑOR GREGORIO.—Todo, antes que pueda usté pensarse que yo la he tomao a usté por una cualisquiera. ¡Eso en jamás!

JULIA.—Silencio. Mi padre. *(Se guarda los pendientes.)*

SEÑOR GREGORIO.—*(Aparte.)* Es mía.

JULIA.—*(Idem.)* Qué bueno es. *(Se levantan todos.)*

ESCENA XI

DICHOS y SEÑOR BIBIANO. por la segunda izquierda.

SEÑOR BIBIANO.—*(Tendiéndoles la mano.)* ¡Señores..., yo tan honrao!... ¡Mi casa tan honrada!...

SEÑOR GREGORIO.—Los honraos somos nosotros.

SEÑOR BIBIANO.—Quia, hombre, nosotros.

SEÑÁ RAMONA.—Bueno; todos, todos...; no pelearse.

SEÑOR BIBIANO.—Vaya, vaya con mi querido protector. Tomen ustés asiento. *(Se sientan.)*

SEÑOR PACO.—Qué, ¿cómo anda esa mutual, señor Bibi?

SEÑOR BIBIANO.—Aire en popa, señor Paco. Vamos a hacer un balance que va usté a ver el líquido.

SEÑOR GREGORIO.—¿Cabrá en una garrafa?

SEÑOR BIBIANO.—Sí; búrlate, búrlate; pero me anda por la cabeza que tengo superávit.

SEÑOR PACO.—De seguro.

SEÑOR BIBIANO.—Pero un superávit tremendo. ¡Cuando yo lo digo!... Bueno, y ¿qué les trae a ustés por este su domicilio, si pue saberse?

SEÑOR GREGORIO.—Pues na; una cosa sencillísima. Que el señor Paco y yo hemos tenío un disgusto con media docena de pollos y queremos atizarles dos kilos de chuletas, y los hemos citao en un merendero de la Bombi y venimos a ver si ustés tres nos quien ayudar, porque nosotros solos les tenemos miedo.

SEÑOR BIBIANO.—Con alma y vida. ¡Seis pollos!... Menuda paliza les damos. ¿Qué sus parece a vosotras?

SEÑÁ RAMONA.—Eso, tú dirás.

SEÑOR BIBIANO.—¿El desafío será con tomate?

SEÑOR GREGORIO.—Desde luego.

SEÑOR BIBIANO.—¿Y pa cuándo lo dejamos?

SEÑOR PACO.—Yo creo que lo debíamos dejar pa esta tarde.

SEÑOR BIBIANO.—Hecho.

SEÑOR GREGORIO.—¡Es usté un hombrecito!

SEÑOR BIBIANO.—Las cuestiones de honor, sobre la marcha.

SEÑOR GREGORIO.—Pues está acordao. A las cuatro y media, en San Antonio de la Florida.

SEÑOR BIBIANO.—Allí acudiremos como tres remontoires. *(Llaman.)*

JULIA.—Callarse, que han llamao.

SEÑOR BIBIANO.—¿Quién será?

SEÑÁ RAMONA.—Mira antes de abrir, tú. *(Vase Julia.)*

JULIA.—*(Que entra de nuevo.)* ¡Maldita sia!

SEÑÁ RAMONA.—¿Quién?

JULIA.—Manolo; es Manolo.

SEÑOR BIBIANO.—¡Recontra!... ¡Nos han cortao el solaz!

JULIA.—Pero ahora viene con mi hermano.

SEÑOR BIBIANO.—¡Con Wenceslao! ¡La hemos armao!...

SEÑOR GREGORIO.—Nosotros, si estorbamos... Como es un asunto de familia..., yo creo que debíamos... *(Deseando irse apresuradamente.)*

SEÑÁ RAMONA.—Ustés pasan al comedor.

SEÑOR PACO.—Desde luego. Con muchísimo gusto. *(Vanse segunda izquierda.)*

SEÑÁ RAMONA.—Acompáñalos, Julia.

JULIA.—Cuidao, que ésos vienen a armarla. Y si encuentran a éstos aquí... *(Vase segunda izquierda.)*

SEÑÁ RAMONA.—Déjate. *(Vuelven a llamar.)*

SEÑOR BIBIANO.—¿Y qué hacemos?... Porque traen prisa.

SEÑÁ RAMONA.—Pues ábreles. Los recibes tú.

SEÑOR BIBIANO.—*(Aterrado.)* ¿Yo?... ¿Que los reciba yo?

SEÑÁ RAMONA.—¿No llevas tú los pantalones?

SEÑOR BIBIANO.—Sí; pero por eso no lo hagas, porque si quieres... *(Acción de cedérselos.)*

SEÑÁ RAMONA.—¡Bibiano, que ties pelos en la cara!

SEÑOR BIBIANO.—*(Tentándose el bigote.)* Es que ésos vienen a armarla, Ramona.

SEÑÁ RAMONA.—Que vengan a lo que quieran. En cuanto se desmanden, dos patás y a la calle. A ver lo que haces. Ahí estoy oyendo. Agallas y naa más. Ábreles. *(Vase segunda izquierda.)*

ESCENA XII

SEÑOR BIBIANO; luego, WENCESLAO y MANOLO.

SEÑOR BIBIANO.—¡Rediez, qué conflicto!... ¡Ay, si averiguan éstos que están los otros!... ¡Se van a despachar aquí las tortas a docenas! Yo me agarro a la manta y me lío la manta a la cabeza en cuanto empiecen los golpes. *(Vuelven a llamar.*

Coge la manta. Alto.) ¡Voy, voy!... Sea lo que Dios quiera. *(Sale a abrir. Entra delante de ellos. Les habla en tono dolorido.)* ¡Pero, hijos míos, vosotros!... ¡Qué sorpresa tan agradable!

MANOLO.—*(Entrando.)* Buenos días.

WENCESLAO.—*(Idem.)* ¿Qué es eso, padre?... *(Al verle envuelto en la manta.)*

SEÑOR BIBIANO.—Naa, hijo mío; un jaquecazo terrible que m'ha dao. Pero no levantándome la voz no me molesta. Conque sentarse, sentarse.

WENCESLAO.—Con permiso.

SEÑOR BIBIANO.—Y tú, quítate la gorra, si quieres, hijo.

MANOLO.—Gracias, es comodidaz.

SEÑOR BIBIANO.—Qué, ¿fumáis?... *(Le da la petaca.)*

WENCESLAO.—*(La abre y la ve vacía.)* No tie usté tabaco.

SEÑOR BIBIANO.—Por eso digo que si m'hacéis el favor de un pitillo; porque estoy a dos bujías. Con esto de la tasa...

WENCESLAO.—Tome usté. *(Le da un cigarro. Lo enciende.)*

SEÑOR BIBIANO.—Bueno, hijos mío, y aunque sea en voz baja, decirme: ¿qué os trae por esta humilde morada?

WENCESLAO.—Pos misté, padre, sin arrodeos; el asunto que nos trae es bastante serio.

MANOLO.—¿S'habrá usté enterao de lo de esta mañana?

SEÑOR BIBIANO.—*(Le enseña el repollo.)* Tengo referencias..., y me he figurao que habríais tenido algunas palabritas, porque he visto a los guardias con los sables desenvainaos..., y me he dicho, cosas de novios. Nada. Nimiedades.

WENCESLAO.—Nimiedades y un poco más, padre; porque esta mañana, cuando estaba yo en el taller, ha venido éste y me lo ha contao ce por be, y como a usté le costa que éste tenía relaciones formales con mi hermana...

SEÑOR BIBIANO.—¡Hombre, eso de formales!...

MANOLO.—*(Terciando, indignado y afligido.)* Sí.

señor..., ¡más formales que Maura!... ¡Y ella me quería con toa su alma!..., ¡con toda! *(Ahogado por los sollozos.)* Que me..., que me..., me lo tiene dicho cincuenta veces cuando bajaba por la fruta.

SEÑOR BIBIANO.—Pero, hombre, por Dios, no llores.

MANOLO.—Señor Bibiano, di... di... di... di... di... *(No le deja hablar el hipo del llanto.)*

SEÑOR BIBIANO.—Di lo que quieras, hombre.

MANOLO.—Dispénseme usté; pero es que no pueo más. No son lágrimas de un gallina, no, señor. Es que yo la quiero y no puedo pa... pa... pa... pa..., pasar... sin ella... Y ella quiere a otro... *(Llora amargamente.)*

SEÑOR BIBIANO.—Hombre eso...

MANOLO.—*(Con energía.)* ¡A otro, me costa!... ¡Y eso, no...; eso sí..., eso sí que no!... *(No puede hablar de nervioso.)*

WENCESLAO.—Tú, cállate; que te apuras.

MANOLO.—*(Sin hacer caso.)* ¡Antes me asesinan!... Porque yo, al que sea, le parto el coco..., el coco... razón de un puñalá. *(Intenta sacar una navaja.)*

WENCESLAO.—Guárdate eso.

SEÑOR BIBIANO.—Hombre, por Dios, Manolo; yo te aconsejo...

MANOLO.—*(Como una fiera.)* No me aconseje usté naa, señor Bibi; es inútil. ¡Sé que hay un tío chulo que se ríe de mí, y conmigo, gu... gua... gua... guasitas, no!

SEÑOR BIBIANO.—¡Manolo cálmate; que te pones, que ladras!

MANOLO.—Y yo le juro a usté que con el que me se burle me hago pipi... pi... pi..., picadillo de sus entrañas. Eso es.

SEÑOR BIBIANO.—Mira, Manolo, no te aflijas, que me partes el alma. Y si yo fuese que la Julia, ya tendrías retratos míos hasta de mantillas, y te hubiera dao una de rizos, que hubieses podío surtir a un perro de lanas; pero el cariño no se pue imponer, Manolo. Tú le pues mandar

a una hija que no se muerda las uñas; pero no le pues prohibir que le llame alma mía a un catre de tijera, si es de su agrado, ¿no lo comprendes?

MANOLO.—*(Con gran energía.)* No, señor; porque too eso no le ha salío a la Julia de su natural; porque a ella le han torcío la voluntá que me tenía.

SEÑOR BIBIANO.—¡Pero no desbarres, hombre!

WENCESLAO.—En eso no anda descaminao, padre.

SEÑOR BIBIANO.—Tú también.

WENCESLAO.—Yo también; sí, señor. Y como yo sé que cuando se ponen así estas cosas del querer traen muy malas resultas, pues no me da la gana que se haga desgraciá a una chica y se pierda un hombre sin fundamento ni cosa que lo valga, y creo que lo mejor es cortar por lo sano antes y con antes. Por lo tanto, vengo decidido a llevarme conmigo a mi hermana.

SEÑOR BIBIANO.—*(Se levanta, con terror.)* ¡Llevarte a tu hermana!

WENCESLAO.—A mi hermana.

SEÑOR BIBIANO.—¡Wenceslao!... ¡Me has petrificao!

WENCESLAO.—¿Pues?...

SEÑOR BIBIANO.—¿De manera que lo que tú vienes a hacer es un despojo filial?

WENCESLAO.—No diga usté tonterías, señor.

SEÑOR BIBIANO.—*(Llorando.)* ¿Pero es que soy yo un mal hombre pa que me se arrebate a una hija?

WENCESLAO.—Usté es mi padre, y sea usté como sea, pa mí no lo hay mejor en el mundo.

SEÑOR BIBIANO.—¿Entonces?...

WENCESLAO.—Es que hay que decirlo too. Usté está unido a una señora, lo cual yo lo respeto, relativamente...; pero mi hermana..., amos, que no sé cómo decirlo... Pero mi hermana necesita menos Bombilla...

MANOLO.—Ahí le duele.

WENCESLAO.—Y menos fiadoras que entren y salgan, y venirse a mi casa pa que aprenda a hacer

equilibrios con un jornal, que es a too lo que pue aspirar si quiere usté que sea honrada.

SEÑOR BIBIANO.—¡Cómo no lo voy a querer!

WENCESLAO.—Entonces que salga, que se venga conmigo.

MANOLO.—¡Olé!

WENCESLAO.—Que siga con éste...

MANOLO.—Muy bien.

WENCESLAO.—Con éste, que es un pobre como ella, y evitemos disgustos. Llámela usté, padre.

ESCENA XIII

DICHOS y JULIA; luego, SEÑÁ RAMONA.

JULIA.—*(Sale, furiosa, segunda izquierda.)* No hace falta; lo he oído todo, y mira, Wenceslao: de esta casa no salgo yo ni arrastrá. ¡Ya lo sabes!

MANOLO.—¡Lo estás viendo!

SEÑOR BIBIANO.—Ya la oyes. Holgan comentarios.

WENCESLAO.—Julia, no seas tonta; que lo hago por el bien de toos.

JULIA.—Gracias. No, si sé lo que quieres. Una niñera sin salario, ¿verdá? Que vaya a tu casa a quitaros la basura, dilo claro.

WENCESLAO.—¡Julia!... ¡Maldita sea!...

JULIA.—Pues anda y que friegue tu señora, si tie tiempo.

WENCESLAO.—*(Con ira desbordada.)* Oye tú, niña...; la basura de mi casa es cincuenta mil veces más honrá que toa esta limpieza.

SEÑÁ RAMONA.—*(Sale segunda izquierda, frenética, airada.)* ¡Mentira!... ¡Bocones, indecentes, so golfos!

SEÑOR BIBIANO.—*(Liándose otra vez la manta.)* ¡Ay Ramona; Ramoncita, por Dios!...

SEÑÁ RAMONA.—*(Hecha una fiera.)* Qué, ¿qué es lo que ties que decir tú de mí ni de mi casa? ¡Que

tu padre y tu hermana han matao el hambre a costa mía; eso es lo que tú pues decir, charrán!

SEÑOR BIBIANO.—¡Ramoncita, por Dios!...

SEÑÁ RAMONA.—*(Dándole un empujón.)* Quita d'ahí, so mandria! ¿Y cómo me lo pagáis?... ¡Gentuza!... Viniendo aquí, a mi casa, porque es mía y muy remía, a insultarme, a refregarme por los morros la honra..., ¡esa honra desportillá!... ¡Huy, qué honra!... ¡Valientes..., porque m'habéis cogío de prima y me veis sola! ¡Canallas! *(Llorando de rabia.)*

WENCESLAO.—Señora, yo...

SEÑÁ RAMONA.—Basta. Poca conversación. ¿No venías por tu hermana?... Pues hala, llévatela y colocarla en un fanal con naztalina pa que no se apolille a mi lao. *(Empuja a Julia hacia Wenceslao.)*

JULIA.—Yo no me voy; no, señora.

SEÑÁ RAMONA.—Y de paso te llevas a papá, a esa monada, y lo envolvéis en una gasa pa que no lo deterioren las moscas. Ahí lo tienes. *(Lo empuja también.)*

SEÑOR BIBIANO.—¿Yo?... *(Llorando.)* Pero, por Dios, Ramona, ¿qué culpa tengo yo?

SEÑÁ RAMONA.—¡Fuera de mi casa!

SEÑOR BIBIANO.—*(A su hija y a Manolo.)* ¿Veis, veis la que habéis armao; lo estáis viendo? ¡Mal hijo! ¡Maltratar a una señora indefensa! ¡A la calle los dos!

WENCESLAO.—*(A Manolo.)* ¡Rediez!; pero ¿estás oyendo?

MANOLO.—Sí que lo oigo, vaya, y no puedo más, ea. Usted, sí, señora; usté es la que tiene la culpa de too... Usté es la que le ha quitao a esta mujer la voluntá que me tenía.

SEÑÁ RAMONA.—¡Mentira!...

MANOLO.—Usté...; ¡pero como hay Dios, que no se les va a ustés a lograr. Si de too aquello que me ties jurao te queda un resto de cariño, vente ahora mismo con tu hermano, Julia.

JULIA.—¡Ni arrastrá!

MANOLO.—Está bien. Hasta otro ratito.

SEÑOR BIBIANO.—Vete con Dios, hombre.

MANOLO.—Pero antes de marcharme, dos palabras. Sé quién es el que te anda rondando; pero como yo le vea a tu lao, ¡por éstas que le rebano el pescuezo! ¡Díselo a ese tío! *(Indica el mutis.)*

ESCENA XIV

DICHOS, SEÑOR GREGORIO y SEÑOR PACO; luego, BALBINA.

SEÑOR GREGORIO.—Chis..., chis...; so..., sobrino... ¿Qué es lo que me iba usté a rebanar, que no me ha llegao al tímpano?

MANOLO.—El pescuezo.

WENCESLAO.—¡Ellos aquí!

SEÑOR PACO.—¡Caray!... ¡Un chato pendenciero!

SEÑOR GREGORIO.—*(Como si fuera a llorar.)* ¿Y cuándo me va usté a hacer esa pupa, pollito?

MANOLO.—En cuanto tenga usté corazón pa bajar a la calle,

SEÑOR GREGORIO.—Pos si se lo digo a mi niñera, le va a usté a dar un azote. *(Se ríen.)*

MANOLO.—*(Abalanzándose hacia él.)* ¡Ladrón! ¡Canalla!... ¡Le parto el alma!...

WENCESLAO.—Quieto allí. *(Le sujeta.)*

BALBINA.—*(Entrando puerta derecha.)* ¡Por Dios, Manolo, no te pierdas!... Déjalo, que a ése ya lo matarán por San Martín.

WENCESLAO.—Nosotros, a la calle. *(Se lo llevan a empujones.)*

MANOLO.—¡Asesino! ¡Granuja! ¡Cobarde!

SEÑOR BIBIANO.—¡Manolo, no insultes a ese hombre, que es un santo!

BALBINA.—*(Con exagerada candidez.)* ¿Es un santo?...

SEÑOR BIBIANO.—¡Un santo!

BALBINA.—Pues si es milagroso, ¿por qué no le pide usté que le dé una miaja de vergüenza?

SEÑÁ RAMONA.—¡So golfa, deslenguada!

SEÑOR BIBIANO.—¡A la calle inmediatamente!

BALBINA.—Ya nos vamos. *(Se acerca delante del Señor Gregorio y, arrodillándose, se persigna.)* Usté lo pase bien, San... Sandía, porque con esa cabezota, no sé qué llamarle. Permita Dios que se vea usté en capilla. Y como es usté santo, le voy a hacer a usté una promesa.

SEÑOR GREGORIO.—¿Cuála?

BALBINA.—¡Escupirle a usté a la cara en cuanto le vea, por granuja! *(Le escupe.)* ¡Puaf!

MANOLO.—Y lo dicho, dicho... ¡En cuanto le encuentre a usté con ella, lo mato! ¡Por éstas!

SEÑOR GREGORIO.—¡Mentira!

WENCESLAO.—¡Vamos! *(Vanse puerta izquierda.)*

SEÑOR BIBIANO.—¡A la calle!... ¡Morrales, golfos, randas!

SEÑÁ RAMONA.—*(Acongojada.)* ¡Agua, un poco de agua! ¡Darme tila..., algo...; yo me ahogo!

SEÑOR PACO.—Beba, beba usté ¡Qué gentuza! *(Le da agua.)*

SEÑOR GREGORIO.—*(A Julia.)* ¿Y ése era el nene que estaba chalao por usté?...

JULIA.—¡Ya ve usté qué suerte!... ¡Qué disgusto! ¡Yo me muero!... ¡Misté qué temblor!...

SEÑOR GREGORIO.—*(Le coge la mano.)* ¡Cálmese usté, cálmese usté!... *(Forman dos grupos. Señor Paco y Señá Ramona y Señor Gregorio y Julia. Ellos les dan agua, les hacen aire, las consuelan. Ellas lloran.)*

SEÑOR BIBIANO.—*(Paseando furioso.)* ¡Y no ser tontos, mandar las señas; que ya os avisaremos cuando queramos pasar un buen ratito!... ¡Pirantes!

ESCENA XV

DICHOS y SEÑÁ CELES, por la puerta de la izquierda.

SEÑÁ CELES.—¡Jesús! ¿Pero qué ha pasao en esta casa, que salían ésos renegando, y esto paece un valle de Josafat?

SEÑOR BIBIANO.—¡Naa, señá Celes; que me he visto en el trance de echar a la calle a Wenceslao!... Pero no tengo más que un consuelo... *(Sollozando.)*, uno sólo.

SEÑÁ CELES.—¿Cuálo?

SEÑOR BIBIANO.—Que si he perdío un hijo y una nuera, en cambio me quedan esos..., esos dos amigos del alma. *(Se abraza a la Señá Celes. Llora. Se derrumba sobre una silla.)*

SEÑÁ CELES.—Es verdá; es verdá, señor Bibi. A mí, estos espectáculos, me derriten el corazón. Así, en mis brazos. ¡Echese usté aquí, hijo; échese usté aquí, que usté no está pa estas cosas! *(Le abraza.)*

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Telón corto. Calle de los barrios bajos. En el foro, con puertas practicables, el Bar Tuliqui. Una de ellas da al establecimiento. La otra da a un portal por donde se sube al juego. Es de día.

ESCENA PRIMERA

BALBINA y WENCESLAO, que salen por la derecha.

MANOLO.—*(Sale delante, desesperado.)* ¡Maldita sea mi suerte!... ¡Mecachis hasta en...! ¡No quererse venir con nosotros!... ¡Yo, que hasta la había comprao un «piendantif» de oro en «Todo a sesenta y cinco»! *(Pasea agitado, se muerde los dedos, se da golpes en la cabeza desesperado.)*

WENCESLAO.—¡Esa hermana, empeñá en perderse!... ¡Loca, más que loca!... ¡Y no atender a razones ni atender a na!...

MANOLO.—Y es que le quiere, le quiere a ese tío, Wenceslao; créeme, ¡le quiere!... ¡Pero eso sí que no!... ¡Yo voy a presidio esta tarde!

BALBINA.—¡Amos, hombre, calmarse!

MANOLO.—¡No; si yo estoy tranquilo!

BALBINA.—¡Sí; ya se te conoce por la risa!

WENCESLAO.—¡Y ese padre, ciego, atontao, sin ver el peligro!... ¡No, no es posible!... A mí no me afrentan. Yo los traigo a la razón sea como sea.

MANOLO.—Yo te diré cómo. Mira: éste es el bar donde esos tíos ladrones tien la casa e juego. Pues aquí los espero. Aquí han de venir... ¡Yo voy a presidio esta tarde!

BALBINA.—¡Déjalo para mañana, que es jueves, si te es igual!... ¡A presidio!... ¿Por una atolondrá? No serías mal tonto. Hala, hala; a casita los dos, a serenarse, pa pensar fríamente lo que se debe hacer.

MANOLO.—No; si yo estoy tranquilo... Si a mí estas cosas no me alteran.

BALBINA.—Dice que no l'alteran y paece un equilibrista de nervioso que está.

MANOLO.—*(A Wenceslao.)* ¿Y has visto?... Estaban allí esos gachós; allí, de tapadillo. Trabajando de solapa pa quitarme el cariño de esa mujer... ¡Pero no, no será!... ¡Maldita sea!...

BALBINA.—¡Pos chico, no seas primo!... Si no te quiere, déjala.

MANOLO.—Sí, déjala. Usté lo dice muy bien. ¡Déjala! ¿Y esto que tengo yo aquí *(En el corazón.)*, que me tira pa la Julia como si me arrastraran, qué hago, lo doy pa que me lo frían?

BALBINA.—¡Huy, qué mujercita!... ¡Y to por cuatro indecentes perifollos y dos bailoteos en despoblao!... ¡Amos, te digo que si yo tuviese poder!... ¡Huy, qué raciones de alpargata iba yo a repartir a domicilio!

WENCESLAO.—Bueno; ya sé lo que hay que hacer.

MANOLO.—¿Qué?

WENCESLAO.—Mira, Manolo, mi padre y mi hermana, los apartamos a un lao; pero respective a la señá Ramona y a los aláteres que estaban allí..., vete a tu albergue, coge la garrota que usas pa los días de asueto, te das una vuelta por casa y te comunicaré un plan ofensivo que me s'ha ocurrío que ni Hindemburgen.

MANOLO.—¡Has dicho la garrota!... En un vuelo.

WENCESLAO.—Hoy les rompemos el frente. No sé si el oriental u el occidental...

MANOLO.—¡Pue que sea el macedónico! Amos allá.

BALBINA.—Pero ¿qué vais a hacer, so locos?

WENCESLAO.—Domesticar galápagos. Tú, una, dos, tres; que es la misión que te incumbe.

BALBINA.—Pero, es decir, que...

WENCESLAO.—Una, dos y tres; arza, Manolo. ¡Ay de ellos!

MANOLO.—¿Yo?... ¡Yo voy a presidio esta tarde! *(Vanse los dos izquierda.)*

ESCENA II

BALBINA, sola.

BALBINA.—¡Quia!... No va a querer mi persona. Eso de que dos hombres de bien se comprometan por unas frescales, de ninguna manera. ¡Y el caso es que están locos!... ¡Pero qué podría yo hacer pa evitar una perdición, Virgen de la Paloma!... *(Pausa.)* ¡Qué sé yo!... No se me ocurre nada... Y es que, claro, el talento no lo tiene una pa venderlo en paquetes, la verdad. ¡Calla!... *(Piensa.)* ¡Calla, que m'ha pasao una cosa así como si de pronto me hubiesen dao luz en el sotabanco. *(Se señala la cabeza. Piensa un poco.)* Sí...; no vas mal, Balbina... A mí m'ha dicho Ulogia, la

del Malagua, que el señor Gregorio, el Tiritas y el señor Paco estaban enmarañaos con dos tías francesas que habían venío el año pasao con unos apaches de no sé dónde... Y hasta se susurró que si una de ellas, que le dicen Susaine, les había facilitao la guita pa poner el juego en este bar; y la otra es una borracha perdida que se llama Madeleine, que creo que es una gachí con una hiel, que le pega dos tiros al juez de guardia... Y digo yo..., que si a ésas fuese yo y... ¡Calle!... Mi suegro con las dos carracas de referencia... Vienen hacia aquí. Subirán al juego. Me meto en el bar y dejo que pasen. *(Se oculta en el bar.)*

ESCENA III

DICHA, SEÑOR GREGORIO, SEÑOR PACO y SEÑOR BIBIANO, por la derecha.

SEÑOR PACO.—Bueno; yo creo que el que haya pasao lo que ha pasao no es pa hacernos desistir de la cuchipanda proyeztada.

SEÑOR GREGORIO.—¡Ni lo pienses!... Pues poquito que se reirían.

SEÑOR BIBIANO.—¡Natural!... ¡De dónde se van a salir con la suya!... ¡En jamás! ¿Se había proyeztao una merienda en la Bombilla, en casa del Malagua?... Pues esta tarde allí, a merendar, y al que le moleste, que se haga un pardesú.

SEÑOR PACO.—Usté es un excelentísimo señor, señor Bibi.

SEÑOR BIBIANO.—En cuestiones de tesón, Guzmán el Bueno a mi lao es una «miss».

SEÑOR PACO.—Pues tome usté cincuenta pesetas. *(Saca un billete de la cartera.)* Aiquila usté una jardinera pa los seis; porque queremos que venga la señá Celes. Se compra usté unos habanos y a las cuatro en la Cuesta e San Vicente.

SEÑOR BIBIANO.—¿Y lo que sobra?

SEÑOR GREGORIO.—Ve usté si le cabe en el bolsillo; si le cabe, se lo guarda, y luego hablaremos.

SEÑOR BIBIANO.—¡Qué delicao eres en toos tus detalles! ¡Darme la vuelta! ¡Y con qué delicadeza me dan la vuelta!

SEÑOR PACO.—Bueno, y que sean ustés puntuales, ¿eh?

SEÑOR BIBIANO.—Cuatro conómetros. ¡Hasta la vuelta! ¡Digo hasta luego! *(Vase izquierda.)*

SEÑOR GREGORIO.—¡Qué tío pelma!

SEÑOR PACO.—Bueno, y ahora hay que ver cómo nos quitamos a esas francesitas de encima pa que nos dejen la tarde libre.

SEÑOR GREGORIO.—Como sea. Yo no pierdo la ocasión de la Julia, que la tengo pa que se me declare de un momento a otro.

SEÑOR PACO.—Entonces, ¿quiés que hagamos una cosa?

SEÑOR GREGORIO.—Tú dirás.

SEÑOR PACO.—Mira, si subimos, como las francesas ya estarán esperándonos, no nos dejan ir u nos siguen, que sería peor. De forma que, si te parece, llamamos a Desiderio, el encargao, y le decimos que las diga que hemos mandao un recao por teléfono de que hasta las diez nos retiene en determinado sitio un asunto urgente, que ya les diremos.

SEÑOR GREGORIO.—Colosal. Tienes más imaginación que Una..., que Una... muno.

SEÑOR PACO.—A ello. *(Se acerca al bar y llama.)* ¡Desi!

DESIDERIO.—*(Saliendo.)* Señor Paco. *(Le habla en voz baja.)* Está muy bien.

SEÑOR PACO.—Y en el supuesto de que la Susaine se incomode...

SEÑOR GREGORIO.—La das un «cotel».

DESIDERIO.—¿Y si me tira algo a la cabeza, como de costumbre?

SEÑOR GREGORIO.—Otro «cotel», pero sólido. *(Acción de dar un capón.)*

DESIDERIO.—Enterao.

SEÑOR PACO.—Y a too el mundo, que a las diez estaremos de vuelta. *(Vanse izquierda.)*

DESIDERIO.—Vayan sosegados. Bueno, y ahora a entendérmelas con las dos; es decir, a no entendérmelas, porque yo no las entiendo nunca. *(Vase al bar.)*

ESCENA IV

BALBINA, saliendo del bar.

BALBINA.—¡Ay mi madre y una tía que tengo!... ¡Ay, qué suerte!... ¡Van de cuchipanda esta tarde al merendero del Malagua, que es amigo íntimo!... ¡Naa, que me s'acaba de ocurrir la solución pa darles el primer desgusto y que los granujas queden a un lao y las personas de bien a otro. Ahora, a hablar con las francesas. Yo no sé francés; pero ya lo inventaré. Ellas salen. Animo. *(Vuelve a ocultarse.)*

ESCENA V

DESIDERIO, SUSAINE y MADELEINE, saliendo del bar.

SUSAINE.—¿Ma, qué dises tú?... ¿Que el señor Gregorio e mesié Pacó son idos?

DESIDERIO.—Sí, señora; han dicho que no volvían hasta las diez... Por teléfono han avisao.

MADELEINE.—¡Oh la gran canall!

SUSAINE.—Nos asen venir, e somos venidas, e después hasen rabona, que se dise. Bian; sí, bian. ¡Oh mon Dié!...

MADELEINE.—¡Ah, tú dises que no nos engañan a nosotras; que sé bien todo lo que hasen con dos chulas de la calle del Bastero. ¡Vualá le negosío!

SUSAINE.—Que tenemos visto que todo es men-

tiga e que las francesas también sabemos dar golpes de navaja... ¡Oh, le gran cochón!...

MADELEINE.—¡Ya diremos, ya!...

DESIDERIO.—Yo, la verdad; yo...

MADELEINE.—¡Oh, halé, halé!... Tú eres un pequeño serdó...

SUSAINE.—*(Le da un puntapié.)* ¡Golfo!... *(Vase Desiderio al bar.)*

ESCENA VI

DICHAS y la BALBINA, saliendo del bar.

SUSAINE.—*(Rabiosa.)* ¡Oh, somos tomadas del pelo!... Ma yo, Gregorio cojo del cuello y ahogo... ¡Oh mon Die!

MADELEINE.—*(Idem.)* ¡Reír de nosotras!... ¡Chulos, canallas!... ¡Oh, yo, mesié Pacó aganco ojos, aganco todo!... ¡Por éstas!

BALBINA.—*(Aparte.)* Las cojo en punto de caramelo. ¡A ellas! *(Alto.)* ¡Chis!..., mademoiselles... Buenos días nos dé Dieus.

SUSAINE.—¡Oh, es a nosotras!

BALBINA.—Ui, ui... Al ambigú... A las dos... A vu y a vu.

MADELEINE.—¿E qué usté quiegue?

BALBINA.—Muy sencille. ¿Usté, es Susaine, joven?

MADELEINE.—La Susen es ésta.

BALBINA.—Es que a mí las dos me paecen ustés igual de Susaines, y por eso no sé cuála... ¿Entonces, usté es la Madeleine?

MADELEINE.—Oui...

BALBINA.—Pos misté, no se va usté a arrepentir de haber tenido esa franqueza con una servidora. Porque, vaya, yo vengo a hablarlas a ustés claritamente de una cosa que les interesa muchísimo.

SUSAINE.—¿Ma qué cosa?

BALBINA.—Pues nada, que veo son ustedes, dos pobres extranjeras, y quiero decirlas a vous que están haciendo ustés las catetas.

SUSAINE.—¿Que hacemos catetas?... ¿Ma qué quiegue decig eso?

BALBINA.—Pues quiere decir... ¿Cómo se lo diría yo en francés?... Las tontas del higue.

MADELEINE.—¿Que nosotras somos?

BALBINA.—Unas primas iluminás. Sí, señora. Porque el señor Gregorio y musiú Pacó, como usté dice, les están tomando la cabelle oxigené.

SUSAINE.—¿A nosotras?

BALBINA.—A cuatro maines.

MADELEINE.—¡Oh, mon Die!

BALBINA.—Les han dicho a ustés que s'han ido a un negocio, ¿verdá?

SUSAINE.—Oui.

BALBINA.—Pues digan ustés que ¡miau!

MADELEINE.—¿Qué?

BALBINA.—Bueno, miagüé. *(Aparte.)* Ya mayo hasta en francés.

SUSAINE.—¿De modo que usté sabe...?

BALBINA.—Que mesier Pacó y una tal Ramona, que vive ahí, en la cae el Bastero, pa mí que bilingües. *(Junta repetidamente los índices de las manos.)*

MADELEINE.—¡Oh!, ¿qué dise?...

BALBINA.—La verdá puré... Y mesié Gregorio y otra jovencita están así, como si dijéramos, agárrame que me caigo. Y se han ido a un merendero del Manzanares de merendole.

SUSAINE.—¿Ma es de veras?

BALBINA.—El Evangelie. Créame usté a menda, madame.

SUSAINE.—¿Ma usté sabe dónde son ellos?

BALBINA.—Lo sé, y si quieren yo las acompaño y les damos un disgusto que les tien que poner sanguijueles.

MADELEINE.—¡Oh, oui, oui, alón!... ¡Oh, la sospecha mía! ¡Yo cojo esa Gamona e aganco moño, aganco ojos, aganco todo!

BALBINA.—¡Bien heche!

SUSAINE.—¡Oh mon Die! ¡Gregorio, le gran canall! ¡Te acuagdas de francesa!... ¡Alón, alón!...

BALBINA.—Bueno, toos los alones que ustés quieran, pero no metan las pates. Ahora vamos a mi casa que yo les explicaré la cosa.

SUSAINE.—Oui... Oui...

MADELEINE.—Alón, alón... *(Salen andando por la izquierda.)*

BALBINA.—Bueno, de que lleguemos al merendero, vamos a armar una juerga internacional, ¡de padre y muy mesier mío! *(Vase tras ellas. Telón.)*

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

Un merendero, camino de la Puerta de Hierro, cerca del río. Paisaje de amenidad y alegría, con mucha luz de sol. Es por la tarde. La casa del merendero hace ángulo en la escena, de modo que parte de una de sus fachadas, visibles, da frente al público, y la otra, toda entera, a los laterales derecha. En ésta está la puerta bajo un emparrado; en la otra, o sea la que da al público, una puertecilla pequeña, como de servicio. Se ve un organillo. Mesas, sillas, un juego de rana.

ESCENA PRIMERA

Tres o cuatro HOMBRES juegan a la rana. Una familia merienda en segundo término. JULIA y SEÑOR GREGORIO pasean amartelados. SEÑOR PACO y SEÑÁ RAMONA, sentados, hablan confidencialmente. La SEÑÁ CELES y un CHICO, medidor del merendero, hablan.

HOMBRE 1.º—*(Tirando a la rana.)* Treinta *(Vuelve a tirar.)* ¡De poquito!

HOMBRE 2.º—¡L'has dao en el morro!

HOMBRE 1.º—*(Tirando.)* Setenta... *(Tiran.)* Ciento cincuenta. Otro.

HOMBRE 3.º—Estamos a ellas, casi, casi.

HOMBRE 4.º—*(Tirando.)* ¡Allá va el maestro!... *(Tira.)*

LOS TRES.—*(Al mismo tiempo.)* Naa. *(Vuelve a tirar.)* Naaa *(Vuelve a tirar.)* Naaaa...

HOMBRE 4.º—*(Tira.)* ¡Rana! ¡Ranaaa!... ¡Ranaaaaa!...

LOS TRES.—*(Al mismo tiempo, riendo.)* ¡Mu bien, mu bien! *(Le felicitan; siguen jugando.)*

SEÑÁ CELES.—¿Y hace mucho que estás aquí? Echate otra del Mono, anda.

MEDIDOR.—Dos meses. *(La sirve.)*

SEÑÁ CELES.—Eres muy simpático.

MEDIDOR.—Y usté que lo vea.

SEÑÁ CELES.—¿Y de qué pueblo dices que eres?

MEDIDOR.—De Escaramujo de la Sierra, provincia de Cuenca.

SEÑÁ CELES.—Pues pa ser de Escaramujo ties unos colores de salú que dan gusto. Anda, mono. *(Le presenta la copa.)*

MEDIDOR.—¿Es a mí u a la botella?

SEÑÁ CELES.—A los dos. *(Se ríe estúpidamente y le sirve otra copa.)*

JULIA.—*(Parándose ante la Señá Ramona y el Señor Paco.)* Bueno, y mi padre, ¿cuándo vendrá?

SEÑOR PACO.—Debe estar al caer.

SEÑOR GREGORIO.—Ya le he dicho que ha tenío que volver porque le encargamos dos cosas: que comprase unos habanos y se guardase la vuelta, y no se ha acordao más que de lo segundo.

SEÑÁ RAMONA.—Además, se ha empeñao en traerse su acordeón, que si no lo toca, no disfruta, y comprar unos pastelillos.

SEÑÁ CELES.—Pues no estemos tan sosos mientras viene. Nos podíamos bailar algo.

SEÑOR GREGORIO.—La danza del tabaquillo, pongo por caso.

JULIA.—Yo no sé bailar eso.

SEÑOR PACO.—Con dos lecciones de éste, como si estuviera usté en casa de Chez-Duque.

SEÑÁ CELES.—Pos arreando. *(Al Chico.)* Tú serás mi pareja.

SEÑOR GREGORIO.—*(A los que meriendan.)* En atención al fin educativo que se persigue, se admiten adhesiones *(Varios del corro forman parejas y se aproximan.)*

Música.

SEÑOR GREGORIO.

El tabaquillo es una danza extraordinaria
que ahora baila en los salones
todo el mundo con ardor.
La señora viene a ser la Arredantaria
y el señor personifica al fumador.

TODOS.

El tabaquillo es una danza extraordinaria
etc., etc.

SEÑOR GREGORIO.

Para este baile entretenido
se necesita
un escogido que es muá
y una señorita, ¡vualá!
(El Señor Gregorio, el Señor Paco y el Medidor encienden un cigarro simultáneamente.)

Comienza dando unos saltitos
con mucha travesura,
con mucha travesura,
que representan el tabaco
de picadura.

TODOS.

Comienza dando unos saltitos

con mucha travesura,
con mucha travesura.

SEÑOR GREGORIO. *(Hablado.)*
Y ahora Romeo y Julieta y...
Nena,
Si el que yo fume te enajena,
al acabar mi cajetilla
me compraré media docena
pa que disfrute mi chiquilla,
pa que disfrute mi morena,
y pa embriagarme
con el humo del tabaco de mi
Nena.

TODOS.
Si el que yo fume te enajena,
al acabar mi cajetilla
me compraré media docena.

JULIA, SEÑÁ RAMONA Y SEÑÁ CELES. *(Al mismo tiempo.)*
Si se le apaga,
qué quiere que haga.

SEÑOR GREGORIO, SEÑOR PACO Y MEDIDOR. *(Al mismo tiempo.)*
Pues qué ha de hacer,
sino volvérmelo a encender.
(Ellas les encienden los cigarrillos que se han apagado.)

SEÑOR GREGORIO. *(Hablado.)*
Ahora vuelta de abajo y venga humo.
(Bailan estilo habanera, al mismo tiempo que echan a la cara de su pareja grandes bocanadas de humo.)

JULIA, SEÑÁ RAMONA Y SEÑÁ CELES. *(Al mismo*

tiempo. Como si sintieran los efectos del mareo y tratan de separarse de ellos.)
¡Quite y déjeme!
¡Váyase a otro lao!

SEÑOR GREGORIO, SEÑOR PACO Y MEDIDOR. *(Al mismo tiempo.)*
Es que ya la enamoré.

JULIA, SEÑÁ RAMONA Y SEÑÁ CELES. *(Al mismo tiempo.)*
Es que ya me ha aculotao.

SEÑOR GREGORIO, SEÑOR PACO Y MEDIDOR. *(Al mismo tiempo.)*
¿Culotao?
Ya lo habíamos notao.

Hablado.

TODOS.—¡Muy bien, muy bien!
SEÑÁ RAMONA.—Sí; pero esto no es tan castizo como el chotis.
SEÑÁ CELES.—Pos no hay que apurarse, porque ahora voy a tocaros yo el manubrio pa que echéis un bailecito las dos parejas, ¿hace?
JULIA.—*(Riendo.)* ¡Venga de ahí!
SEÑÁ CELES.—A ver cómo os marcáis. *(Toca. Bailan Julia con el Señor Gregorio y la Señá Ramona con el Señor Paco.)* ¡Vayan dibujos!... ¡Ele, dos parejitas de seguridad!... ¡Qué chotis!... ¡Ni bordao en cañamazo!... ¡Ay mi mamá!... ¡Qué lástima que no haya más parejas!...

ESCENA II

DICHOS, BALBINA y MANOLO, que salen de detrás del merendero bailando; WENCESLAO, que sale bailando con la NIÑA, y el NIÑO, que sale siguiendo a sus padres.

BALBINA.—¡Hay, hay, hay!... Siga usté, monada; siga usté, que hay.

WENCESLAO.—¡Hay, hay!... Dele usté al manubrio, que hay.

SEÑÁ RAMONA.—¡Ay, mi madre!

SEÑOR PACO.—¡Ellos!

SEÑOR GREGORIO.—¡La trupe!

JULIA.—¡Manolo aquí!

SEÑOR GREGORIO.—Vienen a armarla.

SEÑÁ CELES.—*(Dejando de tocar.)* Nos han estropeao el menú.

MANOLO.—Pero siga usté, jovencita. ¿Va usté a dejarlo por eso?

BALBINA.—¿No nos puede usté tocar siquiera un foxtrotito? *(La Señá Celes se va a la mesa donde Julia, Señá Ramona, Señor Paco y Señor Gregorio se han sentado.)* Bueno, sigue tú, Charlot *(Al Chico.)*, que esta señora se ha sobrecogido. *(El Chico toca y ellos siguen bailando.)*

MANOLO.—¿Qué será bueno pa los sustos?

BALBINA.—Agua de azarar.

SEÑOR GREGORIO.—Estos vienen a armarla.

SEÑÁ RAMONA.—¡Gentuza!...

JULIA.—*(Muy azorada.)* Vámonos.

SEÑOR PACO.—De ninguna de las maneras.

SEÑOR GREGORIO.—Si nos vamos nos corren con piedras. Serenidad, cachaza, que al que se desmande le hago una azvertencia en la nuca. *(Blandiendo el bastón.)* Ahora veréis. *(Da un estacazo en la mesa. Todos se asustan.)* Mocito... *(El Chico deja de tocar y se reúne con los suyos en la mesa de la derecha.)*

CHICO.—Mande.

SEÑOR GREGORIO.—Cinco Torinos pa nosotros. Y el que quiera tila, que la tome.

CHICO.—Está bien.

SEÑOR GREGORIO.—Y además, di al cocinero que prepare la fricción de las chuletas, que nos va entrando ganas.

CHICO.—En seguida.

SEÑOR GREGORIO.—*(Otro estacazo.)* Posdata.

CHICO.—*(Que a cada estacazo se lleva un susto.)* Mande.

SEÑOR GREGORIO.—Los pollos, que ya los trincharé yo.

CHICO.—Está bien. *(Se sienta.)*

BALBINA.—No pierdas la calma, Manolo.

MANOLO.—Deje usté, que la estoy dando un ratito... ¡Que rabie!...

BALBINA.—No lo eches a perder.

MANOLO.—Ni por pienso. ¿Y las francesas?

BALBINA.—Las he amaestrao. Ya verás canela dentro de un ratito, ¡Van a caer como una bomba!

MANOLO.—Y ahora, Balbina, debía usté de cantarse ese cuplé que sabe.

WENCESLAO.—Que vea la concurrencia que si vas al Trianón, dejas a la Meller echa una chufla malhumorá.

BALBINA.—Os cantaré el cuplé de «el Pascual», un cuplé que hace adelgazar.

WENCESLAO.—Acérquense los ranistas, si quieren. *(A la familia que merienda.)* Y ustés también, y los que gusten. Entrada libre *(Se acercan todos.)*

MANOLO.—Venga de ahí.

Música.

Pascual
conmigo te portas muy mal,
porque aún no ha pasado ningún día
que no me hayas hecho
un desprecio brutal,

Pascual.
No tienes ninguna aprensión,
pues sabes que al verte con otra
me pongo que paece
que es el sarampión.
¿Que por qué te lo digo, Pascual?
(Hablado.)
Pues porque
por la calle del Arenal...
(Cantado.)
te vi anteayer
del brazo de la Paca.
Por tu querer
me estoy quedando flaca.
¡Hay qué ver!
¡Acabaca con la Paca!
¡Acabaca con esa mujer!
Pascual,
ya sé que no ties un real,
pues gastas en juergas y en vino
tu sueldo completo y a más mi jornal.
Pascual,
tú no haces más que atún,
y el día que menos lo esperes
si yo me incomodo
va a haber un Verdún,
¿Que por qué te lo digo, Pascual?
(Hablado.)
Pues porque
por la calle del Arenal...
(Cantado.)
te vi anteayer
del brazo de la Paca.
Por tu querer
me estoy quedando flaca.
¡Hay que ver!
¡Acabaca con la Paca!
¡Acabaca con esa mujer!
(Todos aplauden.)

Hablado.

UNOS.—¡Superior!

OTROS.—¡Al pelo! *(Los curiosos se retiran.)*

SEÑÁ CELES.—¿Qué se traerán éstos? *(En su grupo.).*

JULIA.—Estoy con el alma en un hilo.

SEÑOR GREGORIO.—Sea lo que sea, nosotros quietos.

SEÑÁ RAMONA.—Alguna nos tienen prepará.

SEÑOR PACO.—Ya los veremos venir.

SEÑOR GREGORIO.—Al menor amago movilizo las reservas. *(Por la estaca.)* Imperterritez.

BALBINA.—*(En su grupo.)* Bueno, ¿y eso de la ensalá de bonito va a ser una ilusión fugitiva u qué?

WENCESLAO.—Va a ser una realidad con aceitunas; pero que sobre la marcha.

MANOLO.—Ahora veréis. *(Da un estacazo en la mesa. Se asustan los otros.)* ¡Chis!... «Meitre de Hotele».

CHICO.—*(Saliendo.)* Servidor. ¿Qué va a ser?

MANOLO.—Vete a saber. Por de pronto, una ensalada de escabeche pa cinco, dos botellas de vino, seis naranjas y un frasco de antiespasmódica.

CHICO.—Está bien.

MANOLO.—*(Otro estacazo.)* Posdata.

CHICO.—Diga.

MANOLO.—La antiespasmódica no es pa esta mesa.

CHICO.—Se mandará freír. *(Indica el mutis.)*

SEÑOR GREGORIO.—*(Dando otro estacazo.)* Merenderista.

CHICO.—*(Asustado, deteniéndose.)* Mande usté.

SEÑOR GREGORIO.—Sácate unos ordubritos, una de N. P. U. y una de riñones.

CHICO.—Está bien.

SEÑOR GREGORIO.—*(Otro estacazo.)* Avertencia. *(El Chico se detiene.)* Los riñones no hacen falta en esta mesa, porque sobran.

BALBINA.—*(Otro golpe en la mesa.)* ¡Camarero! Una de ja, ja, jay, pa cinco.

CHICO.—Bueno; ustés *(A los de la mesa del Señor Gregorio.)* lo que quieren son las chuletas, ¿no es eso?

SEÑOR GREGORIO.—Cuanto antes.

CHICO.—En seguida va a ser. *(Entra en el merendero.)*

SEÑOR PACO.—*(Con flema.)* Se está poniendo la tarde de agua.

SEÑÁ RAMONA.—Y de mala educación.

SEÑÁ CELES.—¿Por qué no barrerán la basura en este merendero?

BALBINA.—Porque las brujas s'han llevao las escobas.

SEÑOR GREGORIO.—Pues ya que no barrer, lo que va a hacer falta es sacudir.

BALBINA.—No hay zorros bastantes.

SEÑÁ RAMONA.—Bueno; callarse ya. ¡Qué narices de canalla! Chico, a ver esas chuletas.

CHICO.—Ahí van.

ESCENA III

DICHOS, SUSAINE y MADELEINE, por la puerta de servicio, con una fuente de chuletas cada una y una servilleta en la mano.

LAS DOS.—¡Vualá, las chuletas!

SEÑOR GREGORIO.—¡Susaine!... *(Con terror, levantándose.)*

SEÑOR PACO.—¡Madeleine!... *(Lo mismo.)*

SEÑÁ RAMONA.—¡Las francesas!

SEÑÁ CELES.—¿Qué es esto?

JULIA.—¿Quién son éstas?

BALBINA.—¡Camarero, una máquina fotográfica pa siete, que hay que ver las caras!

SEÑOR GREGORIO.—Bueno, ¿y a qué venís vosotras aquí?

SUSAINE.—Queguemos guepartir chuletas.

SEÑOR PACO.—¿Entre quién?

MADELEINE.—Paga todos. ¿Ega éste el negosío, con dos chulas?

SUSAINE.—¡Vualá chuletas! *(Les tiran las fuentes a la cara; se lían a puñetazos, mordiscos y arañazos con hombres y mujeres. Gritan, chillan, se acerca gente. Tratan en vano de separarlos. En la mesa de Balbina, Manolo se sienta en una silla que ha colocado encima de la mesa, como si mirara con gemelos, y luego aplaude.)*

MANOLO.—*(Chillando.)* ¡Otra!... ¡Otra!... ¡Que me gusta!...

BALBINA.—¡Tomar chuletas! ¡Tomar chuletas!

WENCESLAO.—*(Va al grupo, coge a Julia y la separa violentamente.)* ¡Tú, con nosotros!

BALBINA.—*(A la Señá Celes.)* Tome usté el añadido, que destiñe. *(Lo tiene cogido con las puntas de los dedos y se lo da. El Señor Gregorio y el Señor Paco han huído. La gente se lleva a las francesas, que chillan como gatos.)*

SEÑÁ RAMONA.—¡Y too ha sido cosa de esos granujas, canallas, golfos, asesinos! *(Llora mientras se arregla la ropa y los desperfectos del peinado.)*

SEÑÁ CELES.—*(A Balbina.)* ¡Tú, tú has armao esto! ¡Golfa, indecente, tunanta!

BALBINA.—¡Lo mismo digo, retaco!

SEÑÁ CELES.—¡Ladrona!... ¡Asquerosa!... *(Se oye un acordeón.)*

SEÑÁ RAMONA.—¡A buena hora viene ese tonto! ¡Dile que calle!

ESCENA IV

DICHOS y el SEÑOR BIBIANO, que sale muy alegre por el fondo derecha, lleva varios paquetes atados con bramantes, que cuelgan de los botones de su americana, y toca un acordeón que llevará colgado del cuello por medio de una cinta. Es preciso que cuando cese de tocar y por su peso se despliegue el acordeón, se oiga claramente el sonido de sus notas.

SEÑOR BIBIANO.—¿Y usté ha visto las filigranas que hago yo con «La Duquesa del Tabarín»? Pos

ahora verá usté con... *(Se lo dice a Celes, que sale a su encuentro.)*

SEÑÁ CELES.—¡Qué tabarín ni qué narices!... ¿Pero no ve usté lo que ha ocurrío?

SEÑOR BIBIANO.—¡Mi madre!... *(Mira en derredor, ve llorar a la Señá Ramona, contempla a los demás, se hace cargo de la situación y su alegría se torna en cómico y exagerado estupor.)* ¡Rediez! Pero ¿qué sucede? *(Se le caen los paquetes al suelo. Se le despliega el acordeón y suena.)* ¿Qué pasa?

WENCESLAO.—Pues pasa, que ya era hora de que nosotros nos metiésemos y acabásemos de una vez con esto, a buenas o a malas.

SEÑOR BIBIANO.—Pero ¿qué ha sido? ¡Hablar!

WENCESLAO.—No. *(Le recoge el acordeón, que suena.)* Hay cosas que es mejor no oírlas, padre. Esta ya está con nosotros. *(A la Señá Ramona.)* Y usté, señora, me paece que ya es razón que deje tranquilo y al arrimo de sus hijos a este pobre hombre.

SEÑÁ RAMONA.—Sí, sí, hijo, sí..., pa vosotros... ¿Y por qué no le dais la fosfatina?

BALBINA.—Lo que le vamos a dar es un peazo de pan honrao y una miaja e cariño, cosas que usté no ha podío darle.

SEÑOR BIBIANO.—Pero...

SEÑÁ RAMONA.—La culpa la tie mi cuerpo, por matar el hambre a los perros. ¡Así me pagáis! ¡Quedar con Dios, hambrones!... ¡Asquerosos!... ¡Maldita sea!... ¡Puaf!... *(Los escupe.)*

SEÑÁ CELES.—Vamos, hija, vamos, ¡Nos han dao la merienda!

BALBINA.—Tome usté, pa la digestión. *(Le echa el chorro de una botella de seltz. Sale corriendo tras la Señá Ramona.)*

SEÑOR BIBIANO.—¡Pero, por Dios, Ramoncita, no te vayas!... Oye...

WENCESLAO.—*(Deteniéndole.)* Silencio, padre.

SEÑOR BIBIANO.—¡Dios mío!... ¿Pero qué me pasa a mí? ¿Qué es esto?

BALBINA.—*(Recogiéndole el acordeón, que suena.)* ¡Que tiene usté desplegao el acordeón!

SEÑOR BIBIANO.—¡Quedarme sin ella, con lo que yo la quería! *(Se le despliega otra vez.)*

MANOLO.—¡Pero, hombre, paece mentira que a sus años!... *(Le recoge el acordeón, que suena.)*

SEÑOR BIBIANO.—¡A mis narices!... ¡Y a mí no me suenas tú nada!... ¡Fuera de aquí!... ¡Quedarme sin mi Ramona! *(Llora.)*

WENCESLAO.—Ea, basta de lágrimas, padre.

BALBINA.—A la edad de usté los cariños son como el hipo: se pasan de un susto. El susto ya ha pasao, conque alegría.

WENCESLAO.—Y no se piensen ustés. A lo pobre, pero vamos a merendar pa celebrar esto. *(Llamando.)* Mozo.

CHICO.—*(Saliendo.)* Mande usté.

WENCESLAO.—La ensalá que hemos pedío, pa dos más.

SEÑOR BIBIANO.—*(Llorando.)* Sí que te lo agradezco, hijo; porque me ha quedao un vacío... *(Se sientan los hombres.)*

BALBINA.—Y tú ven acá, chiquilla. *(A Julia.)* Con nosotros pue que pases hambre, pero no pasarás vergüenza. Alégrate. Y por las mañanas vendrás conmigo a lavar al río, a este río Manzanares, que hace olvidar los malos pensamientos, porque tie en sus orillas las dos cosas más alegres de la tierra: las lavanderas y los merenderos... ¡Bendita sea el agua del Manzanares, que es para el pueblo de Madrid limpieza y alegría, honradez y salud! ¡Viva el Manzanares! *(Telón.)*

FIN DE
«EL AGUA DEL MANZANARES
O
CUANDO EL RÍO SUENA...»